

LA TRANSICION ECONOMICA

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

LA simultaneidad de graves problemas políticos está contribuyendo a dejar en un segundo plano la gravedad de la crisis socioeconómica. Así, las vicisitudes de los dos Estatutos nacionalistas de Euskadi y Cataluña más las criminales y dramáticas manifestaciones del terrorismo están haciendo pasar casi inadvertidamente el importante hecho político de que el Gobierno ha rebasado ya con creces la fecha tope a la que había sido emplazado para que presentase al Congreso de Diputados su plan económico. Cuando no faltan más que días para que se cumpla todo un semestre del primero de marzo, la formación política vencedora no tiene aún un proyecto socioeconómico.

Todo lo más que conoce la opinión pública son unas supuestas diferencias, más o menos tensas y encontradas, entre los distintos responsables gubernamentales del área económica. Y que, al parecer, el plan gubernamental—del que sólo se habla en grandes y vagas líneas—no será presentado a las Cortes hasta la "rentree" política. De este modo, tanto el partido en el Gobierno como el que aspira a estar en el Gobierno, coinciden tanto en la ausencia de un programa económico como en su decisión de tenerlo preparado para el próximo mes de septiembre. El final del verano y el Congreso extraordinario de los socialistas rellenarán estos importantes vacíos de las dos primeras fuerzas electorales de la sociedad española.

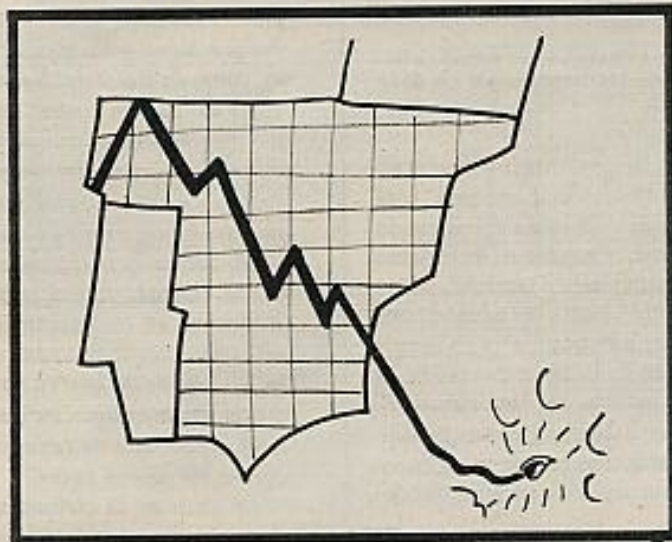
Mientras tanto, la crisis continúa agravándose. Lo conseguido con los pactos de la Moncloa está ya casi definitivamente arrojado por la ventana de la politiquería parlamentaria. No es extraño

que la Junta de Gobierno del Colegio de Economistas de Madrid, tras denunciar la situación existente en un comunicado oficial, advierta al Gobierno sobre los peligros de repetir en la esfera económica su conocida táctica de ir dejando pudrir los problemas hasta el último momento: "La política de tierra quemada no es aplicable en economía".

Aunque lo más probable es que esta inhibición corresponda a la ausencia de una estrategia económica perfilada, clara y unitaria por parte de la derecha más que a una

La segunda salida de la dictadura

Y esta vacilación e indecisión es perfectamente comprensible dado que no es difícil entender su temor a perder por la vía de la economía lo que tan fácilmente ganó por la vía de la política. Si supo superar el modelo político de la dictadura, imponiendo el cauce reformista y su propio protagonismo, no ha sabido todavía superar el modelo económico de la dictadura imponiendo también su



supuesta maquiavélica actitud de los dirigentes gubernamentales. Por lo menos, hasta el momento presente es obvio que la derecha no ha sabido "qué hacer" económicamente, mientras sí sabía "qué hacer" políticamente. Incluso la misma firma de los pactos de la Moncloa, que incumplió reiteradamente en su segundo apartado, no fue más que una maniobra política, destinada a ganar tiempo para que el proceso constituyente coincidiese con el mantenimiento de la paz social. Porque si su planteamiento hubiese sido estratégico, no hubiese procedido a la convocatoria de las últimas elecciones generales.

propia salida y el mantenimiento del "statu quo" socioeconómico sin variaciones sensibles en la correlación de fuerza de las clases sociales. Es decir, la duda y la perplejidad estriban en cómo organizar la segunda salida de la dictadura. De ahí que se resista a restituir democráticamente el patrimonio sindical y a configurar un nuevo marco de relaciones laborales democráticas muy distinto al Estatuto de los Trabajadores presentado por el partido que tiene las riendas del poder. Se trata de debilitar la fuerza de su oponente en este campo para una batalla bastante desigual en claro favor, o mejor

dicho, beneficio de la derecha.

En líneas generales, si tiene el modelo europeo que quiere importar a nuestro país, pero el problema radica en cómo traducirlo a una realidad tan diferente a la europea como es la española. Es obvio que el pacto social, fórmula viable y operativa en los felices años cincuenta del capitalismo europeo, es la otra cara de la reforma política, y que ésta y aquélla constituyen las dos caras de la auténtica moneda de cambio de la derecha. Si al anverso político le falla el reverso económico, esta moneda quedaría claramente devaluada a un ritmo muy acelerado. Aquí, más todavía que en el terreno político, lograr una u otra vía supone rentabilizarla políticamente. No poder imponer el pacto social que se busca, a través de múltiples formas y métodos, supondría tener que pagar a la auténtica izquierda el costo que no pagó por haber conseguido imponer la reforma política. De esta manera, el ahorro político de entonces se perdería con el despilfarro económico de ahora—siempre según los intereses y punto de vista de la derecha—neutralizando o reequilibrando en cierto grado y proporción la enorme victoria política lograda por la derecha en el verano de 1976.

Por supuesto, y es todo un síntoma que haya que señalarlo, que esta confrontación no se sale del marco de un sistema "cuyas leyes económicas no están hechas para hacer un mundo moral" (Luis Apostua, "Ya", 2-VIII) y que sólo dilucida la posición en la correlación de fuerza de las clases sociales. Nadie está cuestionando la llamada ya impropia economía de mercado, sino la participación de las fuerzas sociales en



El desenlace de la batalla en torno al pacto social va a tener un indudable carácter político.

la salida de la crisis económica. Porque aceptar o no "transferir a los empleados y obreros la principal carga del coste de la recuperación económica" (Luis Apostua, "Ya", 2-VIII) sin contrapartidas políticas y sindicales no es una decisión moral, sino eminentemente política.

Las respuestas de las fuerzas sociales

De ahí que incluso ya antes de que se conozca detalladamente la definitiva orientación socioeconómica del Gobierno, y, precisamente por ello, las distintas fuerzas sociales empiezan a tomar sus primeras e iniciales posturas en todas estas confrontaciones de la víspera de la gran batalla política en torno al pacto social.

En estos primeros tanteos lo que destaca a simple vista es la ausencia de unidad de criterios tanto dentro del mundo empresarial como del mundo obrero. Los dos principales sindicatos y las dos

principales organizaciones empresariales están claramente divididas y así el primer sindicato coincide con la segunda entidad empresarial y la primera organización patronal con el segundo sindicato. El acuerdo CC. OO.-CEPYME es paralelo al acuerdo CEOE-UGT. Aunque hay que destacar una mayor unidad en el terreno del sindicalismo como manifiesta el reciente acuerdo sindical entre el primer y el tercer sindicato, CC. OO.-USO, en el que se explicita el deseo de "tomar iniciativas concretas con el fin de recomponer el marco de la unidad de acción, evitando caminos de actuación unilateral, cara a coordinar el máximo de fuerzas"; mientras que en el campo empresarial la tercera organización —COPYME— discrepa también completamente de la CEOE.

Y es que en el fondo de esta controversia empresarial late y empieza a aflorar un conflicto fundamental: la lucha de las empresas no monopolistas contra los grandes mo-

nopolios y empresariado. Es bastante revelador de esta profunda tendencia un clarificador artículo de Javier González Estéfani, presidente de la CEPYME, sobre lo que su autor denominaba el holocausto de las pequeñas y medianas empresas (99 por 100 de las existentes) publicado recientemente en el diario "El País". Es por lo que se entiende que la totalidad de los sindicatos, con alguna excepción esporádica, coincida más fácilmente con la representación orgánica de este océano empresarial que con la todopoderosa CEOE. Lo que es particularmente sintomático cuando aún ni siquiera los partidos de izquierda practican una estrategia política antimonopolista, sino únicamente democrática destinada a consolidar lo que aquí y ahora es prioritario: las mínimas conquistas democráticas.

Un otoño decisivo

Esta dispersión de actitudes empresariales y obreras

es a la vez un freno y una tentación para la derecha. Un freno por cuanto la división empresarial impide de momento articular un proyecto unitario en el seno de este bloque social y una tentación por cuanto la inicial división sindical —todavía no definitiva— es un espejismo que puede hacer caer en la errónea visión de que la izquierda sindical es un tigre de papel como lo fue la izquierda política en el momento de la primera salida de la dictadura.

Aun admitiendo esta equivocada e interesada premisa de bastantes círculos de la derecha, que transforma su antiguo temor a la izquierda por el desprecio una vez pasado el trauma de la muerte del dictador, cabría aducir además que a la hora de la segunda salida de la dictadura los principales protagonistas van a ser las centrales sindicales y el conjunto de la población trabajadora a la que se quiere "transferir la principal carga del coste de la recuperación económica", por decirlo con las palabras del destacado periodista-político gubernamental Luis Apostua. Y un error de cálculo en este terreno puede ser verdaderamente peligroso para el proceso democrático.

Por lo que sin ninguna duda el verdadero desenlace de esta batalla en torno al pacto social va a tener un carácter político. La derecha sabe que es prácticamente imposible su salida económica sin lograr una determinada y amplia cobertura política por su izquierda. Sin la sanción moral, la aprobación parlamentaria y la defensa política de una parte de las fuerzas de izquierda el pacto social es inviable, aunque lo pudiese defender uno u otro sindicato. O desde la izquierda alguien explica la necesidad de aceptar este pacto o no habrá pacto. Nunca como hoy en todo el proceso de transición la política ha sido una tan enorme condensación de la economía. ■